



KADAR, EL ÚLTIMO
GUERRERO NAZARÍ

José Luis Merino

KADAR, EL ÚLTIMO
GUERRERO NAZARÍ



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Merino

ISBN: 978-84-19340-02-3

ISBN digital: 978-84-19340-03-0

Depósito legal: M-10206-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

NOTA DEL AUTOR

Se trata de una novela de ficción, ambientada en el final del reinado nazarí. Una época convulsa de sucesivas traiciones, guerras entre clanes, entre familias, asesinatos y por supuesto intereses personales que marcarán el destino de sus gentes.

Mención aparte merece la dificultad para transcribir nombres, objetos, lugares, personajes, etcétera, que siguiendo la tendencia ya entonces de castellanizar estos y permítanme la licencia, trataré de hacer o evitar, según, para no hacer tediosa la lectura.

Y cómo no, la historia de Granada agigantada tanto por ella misma, por su Alhambra, por sus gentes, por su Sierra Nevada, como por sus leyendas, que hacen del embrujo de esta ciudad, aún mayor su encanto.

Enmarcada en ese ámbito de ficción no se juzgue la lectura desde el rigor histórico, más bien desde el de la imaginación, de un mundo de fantasía creado por cada uno al leerlo y del que espero les entretenga y les divierta, solo aspiro a eso, que es mucho. Dentro del máximo respeto a las religiones y por supuesto a los personajes citados, conmigo apliquen el rigor que no utilizaron antes.

DEL INFIERNO AL PARAÍSO

Granada, año 1455 por el arrabal del Albaicín, la presencia por sus calles de cuatro hombres a caballo delante y cuatro detrás, soldados fuertemente armados. En medio, dos hombres muy bien vestidos, ropas elegantes y distinguidas indican claramente la presencia de personajes importantes.

Se detienen estos, haciéndolo también, los otros ocho jinetes en una de las calles, dónde, como en otras partes de la ciudad, algunos niños están escondidos, sucios, con ropa a jirones, miradas tristes, tratando de sobrevivir. La mayoría son hijos de familias con muy pocos recursos por lo que no pueden mantenerlos o algún desdichado que, su padre se fue a la guerra contra los cristianos en busca de fortuna económica y progreso social, pero esta le había dado la espalda y sus madres no habían podido hacerse cargo, abandonándolos a su suerte.

Un hombre cerca de los treinta años, barba fina, muy arreglada, bien vestido, pero sin cicatrices y un joven de unos veinte años de edad, también con barba fina, cuidada, con alguna cicatriz externa y muchas internas, de mirada intensa, curtida por la vida y que denota más edad de la que tiene. Se trata de Abu I-Hasan Ali, llamado también Mulay Hasan por los cristianos y Muley Hacén, castellanización del término árabe *mulay* que significa «mi señor» y su nombre Hasan, quien ha recuperado hace poco la libertad.

Hijo mayor del sultán Sad, enfrentado en el poder con Yusuf (V), fue enviado por su padre en una embajada que buscaba el favor de Castilla, facilitando su apoyo. Enrique IV, ocupaba entonces

el trono castellano y retendrá al príncipe nazarí, mientras estudiaba las ventajas e inconvenientes, meditando la solución.

El cautiverio acabará con la reunión entre Sad y Enrique IV, que devolverá la libertad a Muley Hacén y una serie de acuerdos, de treguas, papel mojado como casi siempre en esta época.

Muley Hacén lanza unos mendrugos de pan, dos, tres, no demasiados, aunque tiene más y espera. En seguida unos ocho, quizá nueve niños, de corta edad, entre los ocho y los doce años como mucho, corren hacia los mendrugos que pueden significar su único sustento de hoy y quizá de mañana.

Rápidamente empiezan a golpearse por los mendrugos iniciándose una pelea entre ellos.

Todos observan, pero Muley Hacén observa, además, unos codos¹ más allá, a un lado del lugar en el que están peleando los niños, uno de piel morena y ojos azules, sentado debajo de un carro bastante deteriorado, utilizado seguramente para el transporte de algún comerciante de esa zona.

Este no muestra ningún interés por la comida, pero mira fijamente la pelea, sin perder detalle.

Tras unos instantes más observando, ese niño cambia su mirada y deja la pelea para fijarse en los diez jinetes, cruzando su mirada con Muley Hacén, unos segundos mirándose fijamente y el niño vuelve a centrarse en la pelea. En este momento Muley Hacén lanza otro par de trozos, cerca del viejo carro y vuelve a esperar. Para ese instante ya ha acabado la pelea por los otros mendrugos de pan.

De los contendientes quedan dos en pie, los más altos y quizá los de mayor edad, cada uno con su botín de mendrugos, dos y uno. Otros cuatro niños en el suelo quejicosos y tres que directamente huyeron y evitaron la pelea.

Estos dos en pie, observan también, los dos nuevos mendrugos que acaba de lanzar, de los que ahora están a unos ocho codos ya

1 Codo correspondía aproximadamente a 0,5 metros.

que con la pelea todos se habían desplazado en dirección contraria al punto donde los había lanzado ahora y salen corriendo hacia ellos.

En ese tiempo, el niño de los ojos azules ha salido de debajo del gastado carro, coge uno rápido y con dificultad se lo mete entero en la boca y empieza a masticar rápidamente, mientras que mantiene el otro mendrugo en la mano izquierda y la mano derecha abierta, como si sujetara algo en ella, sin poder ver qué es lo que era desde el caballo.

En cuanto llega el primero de ellos a su altura intenta darle un puñetazo, agachándose este levemente, pasando el puño del otro a menos de medio codo por encima de su cabeza y girando el tronco del atacante hacia su izquierda. Al girar y volver a encarar a su oponente, mientras preparaba su puño izquierdo, la mano abierta del niño que había esquivado el puñetazo, golpea con una rapidez y una violencia inusual para esa edad en la cara del niño, que cae al suelo desplomado por el golpe.

El otro, que corría también a por los nuevos mendrugos para instantáneamente, como a unos tres codos de este y lo mira fijamente, quien, a la vez que le dice que no moviendo la cabeza de un lado a otro, le enseña levemente lo que escondía en su mano derecha y que hacía que la llevara abierta, una piedra que sobresalía de su pequeña mano, con la que acababa de golpear en el rostro a su anterior rival.

Tras un segundo que se toma para medir sus posibilidades y animado por el menor tamaño de su contrincante, sin temer la lucha avanza a por el deseado botín, que es el otro mendrugo de pan que queda en la mano izquierda del oponente. Este a su vez ha aprovechado ese segundo que le ha dado su rival, para dar dos pasos hacia atrás y poner la distancia que necesitaba, cuando arranca a por él, lanza la piedra con precisión milimétrica y potencia, impactando justo en la frente, encima de la nariz, abriéndole una brecha, que lo tira hacia atrás, cayendo al suelo y quedándose tumbado, inmóvil.

—Quiero a ese —ordena Muley Hacén señalando al niño de los ojos azules.

—Mi señor, como siempre, su intuición y acierto me conmueven —comenta el jinete que va a su lado.

—Solo me ha parecido que no podía o no sabía luchar y quería alimentarlo, sabes bien que no todo el mundo tiene el valor para luchar. Mi misericordia ha destapado su coraje, pues ya lo tenía, no mi intuición —responde Muley Hacén, mientras sonrío levemente en señal de desaprobación del comentario, que como siempre, solo buscaba loar, soportando Rasul, que así se llamaba el otro jinete, sin sonrojo el comentario del valor.

Uno de los cuatro jinetes que van delante, concretamente el primero de la izquierda, que ha observado todo, como los otros tres y al que le ha dirigido un gesto Rasul, descabalga y se dirige hacia el niño.

El presumible jefe de la guardia de ocho jinetes rondará los treinta y cinco o cuarenta años de edad, no es muy alto, pero si ancho de espalda, barba más poblada que los otros dos y menos cuidada. De gesto duro, curtido por la vida y más aún por las batallas libradas, en mayor medida por las pérdidas, que además de endurecerlo lo han llenado de costurones por todo el cuerpo, mostrando uno grande en la cara que la recorre, casi una línea recta que baja desde cerca de su ojo izquierdo, atravesando todo el pómulo para perderse en la mandíbula, que le confiere un gesto entre aterrador y temible. El niño, que rápidamente se ha dado cuenta que ha despertado el interés de los jinetes, vuelve a meterse debajo del carro y mientras se aproxima el soldado hacia él, mastica rápidamente lo que quedaba del primer mendrugo y se mete el otro en la boca entero, con la misma dificultad del primero y empieza a masticar, sin inmutarse por la cercanía de quién se le aproximaba.

El soldado se agacha para observar al niño y el carro, que cruje cuando pone una de sus fuertes manos para apoyarse mientras está agachado, tuerce el gesto y guiado por su experiencia de guerrero, se levanta y prefiere mover el carro hacia atrás, a meter una

mano por debajo de este, en una posición además de inferioridad, mermada su capacidad de movimientos así. Ese gesto no pasa desapercibido y desata la risa de Muley Hacén, que en seguida se contagia al resto de soldados, que también se habían dado cuenta de la maniobra, incluso Rasul, que será el que más tarde en darse cuenta, pero el que más alto reirá.

—Siempre en guardia, mi apreciado Hadi, siempre en guardia. Es un niño, solo un niño —dice Muley Hacén mientras se toca con la mano la barba, aún con la sonrisa en la cara.

—Mi señor, eso pensaban los dos que salieron victoriosos del lance y ahí los tiene, durmiendo. No es un niño, es un guerrero atrapado en el cuerpo de un niño y a vosotros —se vuelve ahora para dirigirse a sus subordinados—, tengo que ver yo, si nuestro Dios me lo permite y a vosotros, cosa que dudo, ja, ja, ja —se ríe él y todos, ahora sí a la vez—, cómo os dirige en combate a las órdenes de mi señor —exclama Hadi.

Una vez retirado el carro, el niño se pone de pie, con la boca aún llena y observa mientras se acerca el soldado hacia él. Cuando está cerca, Hadi extiende despacio el brazo tendiéndole la mano, para tranquilizar al niño, este lanza un puñetazo a la altura del abdomen del soldado, que detiene con la otra mano y sin tiempo de reacción lanza una patada a la pierna de su atacante, esta vez sí consigue dar en el objetivo, siendo ya agarrado por Hadi, cuando ya tenía otra vez el puño preparado para intentar golpear.

Mientras se marchan, Rasul esparce con desprecio unas monedas por el suelo, a modo de compensación tanto por la escena vivida como por el acogimiento forzoso del niño.

Sin todavía saberlo, ese sería el último día que pasaría hambre. Comenzaría una nueva vida para ese niño enigmático de ojos azules, que sin querer pelear, era el que mejor lo hacía. Esa virtud, tener la habilidad de pelear mejor que los demás, le acompañaría en su devenir, en este caso, posiblemente, le había salvado la vida evitando morir de hambre, ¿cuántas más veces podría hacerlo?

—Aun así, con toda tu experiencia y pese a estar en guardia, ha conseguido golpearte —comenta extrañado Muley Hacén, conocedor de la extraordinaria destreza de Hadi en combate.

—Es rápido y golpea fuerte, mi señor. Si en vez de bajar yo, hubiera bajado un tarugo de los que trae de compañía mi apreciado Rasul, seguramente habría que haber intervenido para que no lo matara el niño, ja, ja, ja —ríe a carcajadas mientras mira de reojo a sus tres acompañantes, para después volverse a mirar a Muley Hacén, quien disfruta las bromas de Hadi y mucho más recién recuperada la libertad. Más aun las que van dirigidas a Rasul, quien ahora sí que se molesta por el comentario.

—Llegará el día en el que tus risas se volverán lágrimas, mi poco apreciado Hadi, llegará el día —contesta Rasul con una mirada llena de odio y muy poco de fiar.

—Cada cosa a su tiempo, señor, cada cosa a su tiempo —contesta Hadi también con mirada de cierto odio, pero esta sí de fiar.

—Cuentan, estimado Rasul, que cuando le dieron el tajo en la cara, hace tiempo ya de eso, no se le escapó ni un solo grito, ni un solo quejido, ni cuándo lo recibió, ni cuándo lo curaba ese médico judío y aunque tú no lo sepas, duele bastante un espadazo e igual o más las curas, pues la carne se abre fácil pero cierra a base de dolor. He visto a muchos gritar, a más aún llorar, por lo que no creo que sea fácil verle llorar —interrumpe Muley Hacén para volver a dejar en entredicho a su acompañante y de paso mostrar su apoyo y confianza en Hadi.

—Mi señor, como siempre, su intuición y acierto me conmueven —se despacha a gusto ahora Hadi, repitiendo las mismas palabras que pronunciara un poco antes Rasul, a modo de sorna, mientras ríe procurando, ahora sí, no hacer ruido.

—La vida es un largo camino y está lleno de sorpresas, quién iba a decirle a ese desgraciado esta mañana, que dormiría en un palacio por la noche —profiere Rasul con un tono de desprecio hacia el pequeño y denotando el poco agrado con que ha presenciado el episodio.

—Mi señor, con el debido respeto, un reino no solo lo mantienen los soldados, hace falta dinero, tropas, es muy importante también la fe y nuestra sagrada religión, sin olvidar los aliados mi señor. Unos poseen unas cualidades, otros tenemos otras de las que carecen los soldados, no todo es matar y el enemigo en ocasiones, como sabe bien mi señor, está dentro —sonríe ahora sí Rasul mirando a Muley Hacén, concedores ambos de las guerras internas que acuciaban el reino y que depondrán a más de un sultán, con la mirada traicionera de quien sabe que aprovechará la oportunidad de devolver todos los desprecios que tenga ocasión.

Es una época convulsa y de poco fiar así que para el paseo, de los ocho jinetes que hacían de escolta, cada uno llevaba varios de su máxima confianza y duros en el combate, para evitar sorpresas inesperadas. Así, en la formación, Hadi iba delante con tres de la confianza de Rasul y atrás iban otros tres de la máxima confianza de Muley Hacén y uno de la confianza de Rasul, de manera que todos se vigilaban a todos.

—Hadi, quiero que tú en persona te encargues de su formación, respondes con...

—Mi vida, mi señor, respondo con mi vida —interrumpe Hadi a la vez que mira hacia atrás sonriendo, devolviéndole el gesto Muley Hacén.

No era normal esa cercanía en el trato, pero Hadi había sido durante muchos años el encargado de instruir a Muley Hacén, unos años atrás y siempre le recordaba, cuando no se entrenaba con la energía necesaria o no ponía el suficiente interés con la espada o la lucha, que respondía con la vida ante su padre.

En esta época y años anteriores, con la importancia de Granada como reino, comprendía las provincias que hoy son Granada, Almería, Málaga, así como algún territorio de Murcia y de Jaén, siendo un nexo muy importante de Europa con el norte de África que se irá poco a poco diluyendo por las circunstancias que marcarán esta época y el futuro de la ciudad; el avance cristiano, la aparición de Portugal en las nuevas rutas y las luchas internas que fraccionan

aún más los diversos territorios. Proliferaron en las ciudades los arrabales, núcleos poblacionales de viviendas, comerciantes, etcétera. Tanto es así que la muralla tuvo que ser modificada para integrarlos en su protección quedando la ciudad de Granada (Medina Garnata) formada por sus cuatro arrabales.

De vuelta a la ciudad palatina, Muley Hacén es el mayor de los tres hijos del sultán y esta es su residencia. Conforme se van acercando y crece la majestuosidad del imponente edificio, el niño queda impresionado de la cercanía al lugar que veía desde lejos, desde un lugar privilegiado para observarlo, como era el arrabal del Albaicín, el más poblado de los cuatro arrabales y donde él mal vivía, pero que por su corta edad jamás habría imaginado estar tan cerca y mucho menos dentro.

Hadi, le susurra algo al oído mientras sonríe, a la vez que sigue sujetándolo, ahora con menos fuerza, pues ha notado que con la presencia de la construcción, se resiste mucho menos.

—Impresionante, ¿verdad? Este será tu hogar, aquí aprenderás a vivir, a luchar y quizá a morir. Nadie la ha tomado nunca y nadie lo hará, yo al menos vivo no lo veré, no lo permitiremos.

»Kadar, el *Poderoso*, ese será tu nombre, a partir de ahora eres un soldado, crecerás, aprenderás y vivirás como tal. Serás más fuerte, más rápido, serás un gran guerrero, de eso me encargaré yo.

»Verás, oirás, y harás cosas que no compartirás, pero que tendrás que hacer, pero nunca, recuerda, nunca, ni cuestionarás, ni dejarás de hacer o ese día será tu último día, yo mismo me encargaré de hacerlo si fuera necesario.

»Pero eso a su debido tiempo, disfruta de las vistas y siéntete orgulloso de estar en el mejor ejército del mundo, el de mi señor, nuestro señor, el mío, a partir de hoy, el tuyo y en el sitio más bonito, Qa'lat al-Hamrā, la Alhambra, bienvenido al Castillo Rojo —habla en voz baja Hadi.

Llamado así, por el color rojo de la tierra arcillosa con que se construyó, por la luz que proyectaban las antorchas que usaban los trabajadores para realizar sus tareas con poca luz o de noche que

hacían que desde lejos pareciera roja, o por quién ordenó su construcción Abu al-Ahmar, Muhammad I. Aquí como en multitud de lugares, personajes, hechos, etcétera, que suceden, la leyenda y la realidad, lo posible y lo probable se abrazan.

Tras llegar a la Puerta de Armas, Bab al-Sihah, del complejo situado en el margen izquierdo del río Darro, en la colina Al-Sabika. Llamada así la puerta, porque en ella debían depositar sus armas los ciudadanos que entraran en el complejo, las cuales les serían entregadas al salir.

Este complejo, además de tener funciones defensivas, incluye la residencia privada del sultán, así como diferentes edificios administrativos y gubernamentales, por lo que era muy frecuentado por diversas personalidades. Esta puerta comunicaba con la ciudad, siendo la entrada principal. Cubierta de azulejos verdes, blancos y azules, le conferían un aspecto distinguido, sin dejar atrás sus cualidades defensivas. Un arco de herradura, el primero de tres, en el último de ellos, un rastrillo, accionado su mecanismo desde el interior en la parte superior de la puerta, aseguraba la misma en caso de ataque sorpresa.

Conforme suben la empinada cuesta para llegar a la Alcazaba, llama la atención la ausencia de vegetación, cuidadosamente eliminada para poder ver con claridad y hacer más fácil alcanzar a alguien que se acercara demasiado, a las defensas del edificio.

La frondosa vegetación será posterior, cuando las necesidades defensivas no sean tan imperiosas, se sembrarán multitud de plantas y árboles.

La Alcazaba, parte más antigua de la construcción a la vanguardia, siendo protegida la retaguardia por la imponente Sierra Nevada. En ella, en la Alcazaba, vivían una parte de las tropas, en concreto la élite de estas y la guardia personal, compuesta esta en parte o en su totalidad, dependiendo de épocas, por «elches», cristianos convertidos en generaciones anteriores al islam. Ocurriendo lo mismo en distintos periodos en el bando cristiano, siendo la guardia personal del rey conformada por «tornadizos», musulmanes convertidos al cristianismo.

Disponía de viviendas, sala de armas, horno, baños, cuadras, aljibes, por supuesto mazmorras y una plaza de armas donde solían realizar sus entrenamientos y ejercicios los soldados, pudiendo llegar a ser entre ochocientos y mil. Arqueros, ballesteros, peones y caballería, todos los mejores en su clase, ocupando sus dependencias y con sus diferentes jefes, encargados además de la puesta al día de sus tropas, necesidades de equipos, armas y como no, de organizar las guardias correspondientes para mantener la seguridad del recinto amurallado. La muralla que circunda el complejo tiene 1.730 metros, con multitud de torres.

Al aproximarse a la puerta, conocen la comitiva, en concreto a Hadi, uno de los comandantes de las tropas por lo que el encargado de la puerta advierte algo a los guardias, apartándose todos, juntándose en los recodos de la pared.

—*As-salamu alàikum* —saluda toda la comitiva.

—*Ka alàikum as-Salam* —contestan los guardias con su responsable a la cabeza.

Descabalgan y se dirigen hacia el interior, en seguida varios esclavos vienen a recoger los caballos árabes de Rasul y por supuesto de Muley Hacén.

Es una raza, la árabe, veloz, ágil, resistente y muy inteligente, destacando su cola en alto, su cabeza pequeña y de forma triangular, con el cuello curvo. Las feroces condiciones de su origen le confieren esa dureza tan apreciada en la raza.

Muley Hacén descabalga de un precioso ejemplar de capa negra, completamente negra, teniendo algunos más, dependiendo de paseo como hoy, combate, largas marchas. Todos ellos de idéntica capa, mientras que el de Hadi es de capa castaña.

Agarrándolo por los hombros y mirándole fijamente a los ojos Hadi se dirige al niño.

—Kadar, la vida de mendigar comida y no hacer nada en todo el día, quedó allí —señalando al arrabal del Albaicín, que desde lo alto de la colina se veía perfectamente.

—Aquí aprenderás, estudiarás, entrenarás, rezarás y lucharás, no mires atrás, esa vida de miserias terminó, ahora empieza otra,

no desaproveches la oportunidad, pero empezaremos por un baño que no creo que sepas lo que es, ja, ja, ja —vuelve a reír mientras hace un gesto a uno de los esclavos.

—Voy a llevar mi caballo a la caballeriza, dispón lo necesario para el baño de Kadar —señalando al niño.

A Hadi le gustaba llevar en persona el caballo, hablaba con él, le decía cosas al oído, creía que era vital estar muy unidos montura y jinete y no le iba mal la verdad, era un espectáculo verlo montar y más aún combatir desde él.

Los baños utilizados por el sultán, otra de las maravillas arquitectónicas y funcionales de la construcción, inspirados en las antiguas termas romanas, constaban de tres vasos. Uno de agua caliente, para lo que una caldera, encendida permanentemente, era la encargada de elevar la temperatura del agua, a través de tuberías de barro cocido. Además, aprovechaban ese calor, por un sistema de ventilación, para calentar otras estancias anexas donde se desnudaban, cambiaban de ropa, etcétera.

Otro frío, de agua que traían directamente del río, a través de la Acequia Real, que además proveía de agua a todo el complejo, jardines, fuentes, consumo de animales, tropas. Aunque existían varios aljibes en el complejo.

Y por último uno de agua templada, siendo el conjunto, otra de las joyas del complejo.

Los de la alcazaba ni eran tan espaciosos, ni tan decorados, pero eran mejor que el río.

Granada, el reino de granada en general y en concreto la ciudad, alcanzará un gran nivel en lo concerniente al desarrollo textil. Introducirán el gusano de seda lo que generará nuevos oficios artesanos (torcedores, tintoreros, etcétera) para la elaboración de prendas y su coloración, muy cotizadas.

Aparecen nuevos tejidos, seda, damasco, tafetán y terciopelo. Los colores serán cuatro: amarillo, rojo, verde y azul. Habrá un avance importante, pues en estas telas se podrán hacer incrustaciones en las mismas, de oro, de diferentes telas, etcétera. Realizándo-

se multitud de vestimentas de gran dificultad y belleza, para regalos de embajadas diplomáticas y de relaciones con otros estados.

Dentro de la ciudad palatina contarán con su propia fábrica, para vestir a la familia del sultán, así como a representantes de cargos importantes de la ciudad.

—Lo quiero de color morado, ese será su color —ordena Hadi al esclavo.

Terminado el baño e impresionado, como con todo lo que veía Kadar, se dirige a las viviendas, la de Hadi era de las mejores, se lo había ganado a base de valor, obediencia y muerte. Los comandantes de cada una de las clases de soldados tenían una así, el resto, compartían viviendas de menor tamaño, pero donde dormían bastantes y algunas dependencias bastante mayores donde dormía un número elevado de ellos.

Una estancia no demasiado grande a modo de salón donde se comía y dormía, con una especie de colchón, ahora dos, de lana enrollado, que se extendía a la hora de acostarse y una pequeña habitación, donde tenía sus ropas, enseres personales y donde orgulloso todas las noches dejaba su daga, una preciosa daga de orejas, como se conoce a las auténticas dagas nazaríes, por la forma de dos especies de apéndices en que se divide la empuñadura del arma.

La dejaba orgulloso, pues le había sido entregada por el sultán en persona, padre de Muley Hacén, Abū Nasr Saad, conocido también como Sad o Ciriza², por una acción brillante, como regalo personal. De hoja de acero grabado y dorado, con la parte del agarre en marfil, cada vez que la dejaba recordaba el lance, la victoria y el tajo que se llevó en el rostro, pero sobre todo recordaba al sultán entregándosela. Él, dentro del palacio donde vivía el sultán, en ese precioso salón, en el que le dedicó unas palabras. Le preguntó por su herida y le mostró el agradecimiento suyo personal y de todo el reino así como de los buenos musulmanes por la acción. Nunca lo olvidaría.

2 Sidi Saad, castellanizado.